

PESADILLA DE DESPIERTO.

(ROMANCE.)

Por uno de los castigos
 Que bien merezco por asno ;
 Por no saber esta lengua
 Que quiero aprender á tragos,
 Me introduje en un tugurio
 Con ruedas, y no en el carro
 Que me toca de derecho,
 Porque al cabo el trato es trato.
 Me embutí ; pero es más cierto
 Que en peso me trasladaron,
 Porque todo el que no *espica*,
 Es poco ménos que trasto.
 Era un calabozo errante,
 Una troj de guzarapos ;
 Eran visiones febriles
 Que á reproducir no alcanzo :
 Cabellos de llamarada,
 Narices como de rábanos,
 Unos bueyes con levita,
 Cojos, tuertos, corcovados ;
 Donde no se ven pellejós,
 Es por que danzan harapos :
 ¡ Qué sombreros, santo cielo !
 Son cataplasmas, redaños,
 Hojas de col, gesto, pliegue,
 Susto, risa, sueño, espanto !
 Es la gorra y es la tiara,
 El bonete, el sombrero ancho ;
 Donde no hay un agujero,
 Es porque falta un pedazo ;
 Y la levita, y las botas,

Y el anónimo calzado,
 Tina, fuelle, cañon, tubo,
 Bolsa, funda, paca, fardo . . .
 Y para que llegue al *summun*
 Este diabólico cuadro,
 Hervian negros y negras ;
 Ellas con gorros y ramos,
 Ellos, como dos almohadas
 De *zangaleta* por labios,
 Como forrando por fuera
 A otro hombre de por debajo.
 Yo no ví jamás conjunto
 Tan fiero y patibulario,
 Ni con carbon hecho en muro,
 Ni de madera en grabados ;
 Y en esto de las posturas,
Sed liberanos á malo.
 Uno saca las dos piernas
 Por un postigo con garbo,
 Mientras deja en vacaciones
 Sus faluchos de calzado ;
 Otro se muda camisa
 Cual si fuese á entrar al baño,
 Y el otro, de no sé dónde,
 Desentierra luengo saco,
 Y se improvisa un banquete
Sans façon, y andando, andando,
 Lonjas de jamon (de piedra),
 Trózos de pavo (de palo),
Queques que quiebran los dientes,
 Y de cebolla pedazos,
 Y por *plus* café, un ladrillo
 De pestilente tabaco ;
 Y así, con otro belitre

De aire crudo y de hablar raro,
 Hablan de Tilden y de Hayes,
 Porque ambos están pensando,
 El uno en una vía férrea
 Por el centro del Océano,
 El otro en cierto menjurje
 Que tiene ya *patentado*,
 Que en cuanto lo come un perro
 Va resultando marrano ;
 Y todo esto entre las nubes
 De humo espeso del tabaco,
 Entre los negros y negras
 Que se hacen mil agasajos,
 Plagiando, según infiero,
 Las caricias de los diablos. . . .
 Pues bien, de todo este embrollo
 Y de todo este ganado,
 Van á resultar familias
 Felices. . . . que esos milagros,
 En esta tierra realizan
 La Libertad y el Trabajo.

FIDEL.

¿Quién lo creará? Me ha puesto de excelente humor la intempestiva presencia de unos girasoles, unas violetas y otras flores de mi antiguo conocimiento, cortejando y engalanando hermosísimas milpas. ¿Cómo andamos ahí, caballeros girasoles? ¿han tenido vdes. noticias de nuestra tierra? Supongo que vdes. están aquí de paso. . . . ¿y vdes., señoras mazorcas, qué tienen que hacer tan distantes

De la tierra del atole
 De la tortilla y del tamal?

¿Por qué vienen á estas tierras
 De *trinquis fortis* y *tobac*?

En efecto, las sementeras, las aguas cristalinas corriendo entre los surcos de las milpas, el aire tibio y sensual, las hermosas lomas y los blancos caseríos, me hacían la ilusión de que un pedazo del cielo de mi patria me cobijaba.

Los pocos de cara despercudida que nos encontrábamos en el incómodo tren, fraternizamos en un decir "Jesus," y en español, en inglés, en francés y en italiano, soltamos la sinhuera, entendiéndonos á medias y sacando una que otra hebra de buena inteligencia entre aquellas marañas de palabras.

Por supuesto, el tema favorito de la conversacion fueron las rarezas de los yankees; tema rutinario, es cierto, pero que se desea explotar para formar repertorios de novedades; y así como hay viajeros que yendo á España ansían por encontrar quien los salude en són de bolero y al repique de las castañuelas, y viajeros que yendo á México se desencantan de no hallarnos con el carcax al hombro y el arco en la mano, así queremos á fuerza que el yankee sea todo extravagancias, y cuando nos lo encontramos hombre como todos, nos pelamos las barbas de coraje.

Cierto es que el *wagg* ó gracioso, lo propio que el original ó *excéntrico*, tienen su boga y su prestigio; pero es cierto también que muchos payasean el papel y son impertinentes y groseros.

Yo contaba, refiriéndome á algunas singularidades que había visto, que en mi primer viaje á Orleans, navegaba en el magnífico vapor "John Steefens," en que hacían su travesía multitud de viajeros, algunos de ellos de regreso de California, donde habían improvisado sus fortunas.

Entre esos viajeros había uno grueso, cargado de espaldas, y de pelo rubio y entrecano, fumaba sin cesar, y donde quiera se abría de piernas, se tendía en banca ó silla, deteniéndose, mejor dicho, colgándose de la nuca con desvergonzado abandono.

No sé con qué motivo, á quien le preguntó de dónde venía y adónde se dirigía, con ese desplante que tienen para hacer preguntas los yankees mal educados.

—Vengo de California, donde fui por un dinerito; voy á Durango á ver una muchacha que quiero mucho, y me caso con ella.

No atino por qué, respuesta tan sencilla despertó la curiosidad, y á poco se le presentó otro viajero y le dijo:

—¿Vd. va á Durango?

—Sí, señor, vengo de California, donde fui á recoger un dinero, y voy á Durango á ver una muchacha que quiero mucho, y me caso con ella.

No había concluido su relacion el viajero, cuando llegó otro curioso y le interpelló:

—¿Va vd. á casarse á Durango?

—Sí, señor, contestó el yankee, vengo de California, donde fui á recoger un dinerito, y voy.

Aquí llegó otro personaje.

—¿Vd. es el que viene de California?

Entonces el interrogado viajero les dijo:

—Esperen vdes. un momento.

Entró en su cuarto y volvió despues de un rato con un cuarto de papel blanco pegado en el sombrero. El papel decia: "Vengo de California, donde fui á recoger un dinerito, etc., etc."

Fija su noticia en su sombrero como en un poste; se puso á leer su periódico, dejando que yentes y vinientes se fijaran en lo que decia el papel de su sombrero, sin dársele un ardite de lo que dijeran los lectores celebrando la ocurrencia.

—Pues ahora, dijo otro compañero de viaje, contaré á vdes. un rasgo de un yankee expedito, que merece figurar en esa colección.

Me encontraba en una barbería del Kentucky, cuando llevando la pieza, hundiendo el suelo y haciendo gemir el asiento que ocupó, se me puso al frente un personaje que era un cetáceo de carne humana, con un envoltorio estupendo bajo el brazo, envuelto en esas sábanas impresas que son sus periódicos.

El hombre del Kentucky depositó su carga en el suelo y pidió que le desmontasen cabello y barba.

Cumplió el barbero con su deber, dándole una tunda tremenda con navajas, cepillos, escarmenadores y uñas rajantes como las del tigre.

Concluida la operacion *quirúrgica* del aseo, se inclinó el atleta sobre un lavabo, y con un jabon arenisco como de piedra pómez, se dió una raspada, que equivalió para mí á la sensualidad de desollarse vivo.

Despues se introdujo como furtivamente tras la armazon de la barbería.

La facha del hombre aquel me pareció repugnante; pero su desbarajuste, sus harapos, su mugre, sus botas despedazadas, lo hacian insoportable. Sin embargo, seguia sus movimientos con curiosidad.

De repente, de por el lugar donde el rinoceronte aquel

había desaparecido, salió un caballero perfectamente vestido, airoso, de fieltro flamante, de calzado lustroso . . . me pareció un banquero . . . Era el mismo personaje del Kentucky, que había hecho su transformación de pié y como quien se baña, dejando su equipo, ó como quien dice, su piel antigua, para que la tiraran á la basura

Reímos del desenfado del de Kentucky, y un españolito de la primera tijera con el pelo de la dehesa, nos dijo:

—Pues á mí, fresquito me acaba de acontecer un percance que me dijeron que era de un chistoso, y que me tostó la sangre.

Era un día de Norte; la gente tiritaba, yo no tenía maldito el frío . . . y por otra parte, estaba desprevenido contra aquel malhumor del cielo.

Así es que no fué obstáculo para que saliese á la calle, mi pantalon de lienzo y todo mi equipo de verano.

El lance fué en Orleans, y el teatro representa una casa en que se venden ostras, frente á la Levé.

Me azotaba la cara el cierzo: para refocilarme, resolví echar un buen trago sobre una docena de ostiones. Dirigíme á la casa susodicha; tras de la puerta estaba un viejecillo en cuatro dobleces, con más envolturas que regalo de novia.

Pedí en el mostrador las ostras y el Jerez, sin cuidarme del avechicho aquel de detrás de la puerta; pero éste me llamó, y despues de dar dos ó tres fumadas á su pipa, me dijo con voz agridulce llena de malicia:

—Ese pantalona está perdido por hoy

Un tanto molesto, pero no queriendo ser descortés, le repliqué:

—Es cierto; pero salí con precipitacion

Me volví al mostrador, tomé un plato y dije al viejo:

—¿Vd. gusta?

—Gracias, gracias . . . aunque diré á vd. que ese pantalona está perdido por hoy

—Pues vea vd., á mí no me importa.

—Justamente . . . dijo el viejo.

Tomé mis ostras, bebí mi trago.

El viejo se puso en pié y me dijo:

—Siempre me permito, señor, decir á vd. que ese pantalona está perdido por hoy

—Pues yo usaré el pantalon que se me dé la gana, está vd., y á vd. no le va ni le viene meterse en mis negocios; y si no fuera vd. viejo, le corregiría por imprudente.

—Tal vez lo merecería . . . añadió el moscon aquel; pero diré á vd. en mi conciencia, que ese pantalona está perdido por hoy

Yo estaba al saltarle al cuello al viejo ridículo . . . los dependientes de la casa reían . . . uno de ellos me dijo “que aquel era un caballero excelente; que usaba aquellas bromitas precisamente con las personas que le simpatizaban; que era un excéntrico” En efecto, me brindó con una copa, y me encontré con el hombre más amable, y á quien quise mucho . . . pero me dió un tabardillo.

Los dichos agudos que se citan de los americanos, tienen un carácter peculiar.

—No irriten vdes. á la Francia, decia un compatriota de Víctor Hugo, porque cada frances vale por tres *yankees*.

—Bien, bien, decia con flema el hijo de Guillermo Pen, ya les pondremos cuatro *yankees*.

—¿Por qué usan muchos de vdes. una sola espuela cuando montan á caballo?

—Porque el otro medio caballo nunca se queda atrás, respondió el yankee.

—Pondré á la vista de vdes., interrumpí yo, el retrato de un yankee de mi particular estimacion. Es uno de mis conocimientos más cariñosos de Nueva-York:

UN YANKEE.

Tengo un amigo: no entiende
Palabra de castellano,
Y cuando me da la mano
Parece que no comprende.

Yo nada pesco de inglés;
Pero si al paso le encuentro,
Hállome como en mi centro
Y á todo le digo: *yes*.

En frecuente ir y venir,
Con él placentero vago,
Y es mi encuentro un solo trago
De espumoso *Laguebir*.

Ayer, despues de una espera,
Lo percibí, y muy formal
Se montó en el barandal
Y así bajó la escalera,

Dizque por verme de prisa
Porque iba en el quinto piso:
Yo le contemplé indeciso
Entre el espanto y la risa.

Cruzábamos como hormigas
De gente entre un peloton:
El me alzó... y á un carreton
Me colocó entre unas vigas.

Iba, lo juro, en un ¡ay!
El, satisfecho y contento,
Miraba mi aturdimiento
Y exclamaba alegre: ¡*juay!*

Parece el yankee hombre fino,
Cadena y anillos de oro,
En sus modales decoro,
No procaz, no libertino.

Fuimos, tomamos cerveza;
Pero ¡oh desgracia y oh chasco!
El cielo soltó un chubasco
De chupete, de grandeza.

Era nuestra calle un rio;
El sacó tres ocasiones
El reloj, de ocupaciones
Indicio: tambien vió el mio.

Me hizo seña de salir,
Me *atranqué*. . . me dió la mano,
Y muy fresco y muy ufano
Se alistó solo á partir.

Y sin el menor recelo,
De levita, bien plantado,
Se quitó media y calzado,
Quedó con el pié en el suelo.

Mirarlo me calosfrió,
El me contempló riendo,
Alegre al partir diciendo:
No difference. . . y corrió.

En estas pláticas llegamos á Memphis, capital del Mississippi, donde descansamos hasta las cinco y media de la tarde.

La estacion es un jacalon á la rústica; tiene adherido, como un lobanillo, un cuartito con las pretensiones de *restaurant*, y obsequia al viajero á su entrada, un tendajo con su aparador con botes de conservas y *pikles*, licores, *queques* y carnes frias.

Calles en iniciativa por aquí, tablazones por allá, grandes edificios con cristales, aceras intermitentes, duda sobre si se trata de una poblacion que espicha entre tablones y escombros, ó una sociedad que nace de entre el lodo y la yerba. Por supuesto que negrea de habitantes la poblacion.

A la salida del tren admiramos campos hermosos, horizontes risueños, fincas rústicas y ganados.

Memphis toma creces momento á momento: el tráfico, que alimentan Galveston y Texas, lo desarrolla poderosa la comunicacion con el Palestine Longvieu Troup; y colonias, en que palpita enérgico el trabajo y se desarrolla el comercio, hacen que Memphis proceda como á saltos y por improvisaciones, á su engrandecimiento.

Sobre todo, la nueva y poderosa empresa del ferrocarril del Pacífico (*Souten Pacifique*), llevará al Oeste las comunicaciones, en tres dias ménos que el actual ferrocarril que hemos recorrido.

Las nieves no paralizarán la nueva vía, produciendo grandes ahorros y haciendo regular el tráfico; los intereses agrícolas cobrarán creces invencibles, y los Estados del Norte sufrirán una crisis de incalculables consecuencias. Triunfará entónces la libertad mercantil, tomará otras fases el contrabando. . . . y nosotros. . . . nosotros. . . . arrogantes con el proteccionismo, compraremos unas chalupas para poner murallas á nuestros mares, y salvar los intereses de nuestras industrias protegidas por el Gobierno.

Apénas saliamos de Memphis, cuando como que nos salió al paso de entre las chozas y las milpas, el Mississippi, con toda su magnificencia.

Como corcel impetuoso que sorprendido por la presencia del torrente, echa hácia atrás el cuerpo, estriba en las tirantes patas, resopla asustado y queda trémulo sin avanzar. . . . así, como dotado de instinto y de vida, quedó el tren. . . . La vía férrea se abrió y desarticuló en secciones. . . . un buque que se hallaba á la orilla, se acercó como gente á tender su mano. . . . y pasar en sus hombros el tren.

El buque tenia sus rieles, que ajustaron perfectamente, por